

Europa frente al cambio climático: evitar que comience la era de la estupidez

PEDRO DIEZ OLAZÁBAL

Asesor del Área de Desarrollo Sostenible, MPDL

Las cosas están mal, incluso podríamos decir que muy mal, en relación con el problema global más importante que tiene ante sí en estos momentos el conjunto de la humanidad. La irrupción de la crisis económica ha cambiado las prioridades de los Gobiernos y la necesidad de tomar medidas urgentes contra el cambio climático ha pasado a un puesto secundario en las agendas reales de los líderes mundiales. No faltan declaraciones, por supuesto. El G20, en su última reunión de Pittsburgh de septiembre pasado dedicó un apartado de sus conclusiones, con los buenos propósitos de costumbre para el futuro: *"No escatimaremos esfuerzos para llegar a un acuerdo en Copenhague a través de las negociaciones de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático"*. Más aún, incluyó un apartado entero de las conclusiones dedicado a

la necesidad de impulsar las energías limpias, reiterando textualmente la buena intención de intensificar sus esfuerzos para llegar a un acuerdo, que debería incluir *"medidas para la mitigación, adaptación, tecnología y financiación de sus objetivos"*.

Sin embargo, en el terreno de las negociaciones previas al encuentro de Copenhague, la COP 15, (Conferencia de las Partes de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático nº 15), a fecha de la redacción de este artículo, no nos deja concebir muchas esperanzas de que se pueda lograr el acuerdo que se necesita para sustituir al incumplido Protocolo de Kioto, que caduca en 2012.

Un acuerdo que arrancó de la Cumbre de Río de 1992 y que desde que en ese mismo año comienza a gestarse en

la primera Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, hasta 1997 en que se firma, y 2005 en que entra en vigor, ha pasado por múltiples avatares que lo han convertido en objeto de controversia de unos o de lucimiento de otros, pero que se acerca a su caducidad muy lejos de haber logrado el objetivo global de reducir las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) expresadas en dióxido de carbono (CO₂) equivalente, en el 5 % entre 2008 y 2012, con relación al año 1990 tomado como base.

El 4º Informe de Evaluación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC en sus siglas en Inglés) de 2007, ya avanza de manera muy clara que las cosas, de seguir así, tendrán muy mala solución. Expresamente afirma: *"Hay un alto nivel de coincidencia y abundante evidencia respecto a*

que con las políticas actuales de mitigación de los efectos del cambio climático y con las prácticas de desarrollo sostenible que aquellas conllevan, las emisiones mundiales de GEI seguirán aumentando en los próximos decenios". "De proseguir las emisiones de GEI a una tasa igual o superior a la actual, el calentamiento aumentaría y el sistema climático mundial experimentaría durante el siglo XXI numerosos cambios, muy probablemente mayores que los observados durante el siglo XX".

Los cambios a los que se refiere el equipo de trabajo compuesto por los más importantes científicos expertos en los fenómenos relativos al clima, también según el Informe Stern¹, elaborado para una institución tan poco sospechosa de parcialidad ecologista como el Gobierno de Su Graciosa Majestad de la Gran Bretaña, serán de tal envergadura si continúa aumentando la temperatura media del Planeta, que, como asegura el citado informe, "constituyen una amenaza contra los elementos básicos de la vida humana en distintas partes del mundo".

Por referirnos tan sólo al ámbito europeo, el IPCC resume como impactos predecibles ya en estos momentos los siguientes:

"Se espera que el cambio climático magnifique las diferencias regionales en cuanto

a los recursos naturales y generales de Europa. Entre los impactos negativos cabe citar un mayor riesgo de crecidas repentinas en el interior, una mayor frecuencia de inundaciones costeras, y un aumento de la erosión (debido al aumento de tempestades y del nivel del mar). Las áreas montañosas experimentarían retracción de los glaciares, disminución de la cubierta de nieve y del turismo de invierno, y abundante pérdida de especies (en algunas áreas hasta un 60%, en escenarios de alto nivel de emisiones, de aquí a 2080.

En el sur de Europa, las proyecciones indican un empeoramiento de las condiciones (altas temperaturas y sequías) en una región que es ya vulnerable a la variabilidad del clima, así como una menor disponibilidad de agua y una disminución del potencial hidroeléctrico, del turismo estival y, en general, de la productividad de los cultivos.

El cambio climático agudizaría también los riesgos para la salud por efecto de las olas de calor y de la frecuencia de incendios incontrolados".

Consecuencias que ya no son anuncios de agoreros ecologistas, ni tan siquiera predicciones en términos de futuro, aunque hayan sido emitidas por científicos de talla mundial, sino realidades que se están viviendo en nuestro Continente. A este respecto, resulta patético con-

templar actitudes incalificables, como las del Gobierno de la Comunidad de Murcia, que se indigna y amenaza con los tribunales a la organización ecologista Greenpeace porque se atreve a trasladar a un gráfico con formato digital el futuro de amplios espacios de la costa murciana, como la maravillosa Manga del Mar Menor, que desaparecerá bajo las aguas, como buena parte de la costa española.

La cuestión del negacionismo del cambio climático no es algo anecdótico o fruto de una "rebeldía" conservadora frente a la racionalidad que se quiere abrir paso, sino que responde a la campaña de desinformación mundial auspiciada y financiada por quienes tienen intereses muy inmediatos en que no se reduzca la producción y el consumo de combustibles fósiles. Tal cual lo expresa quien fue presidente del Grupo de Expertos al que nos venimos refiriendo, prestigioso profesor de la Universidad de Oxford, John T. Houghton, que asevera: "...fuertes intereses personales han invertido millones de dólares en difundir desinformación sobre el cambio climático. Primero, intentaron negar la existencia de cualquier evidencia científica sobre el calentamiento global. Más recientemente, en gran parte han aceptado la realidad del cambio climático antropogénico (fabricado por el hombre), pero sostienen que sus impactos no serán grandes, que podemos "esperar a ver" y

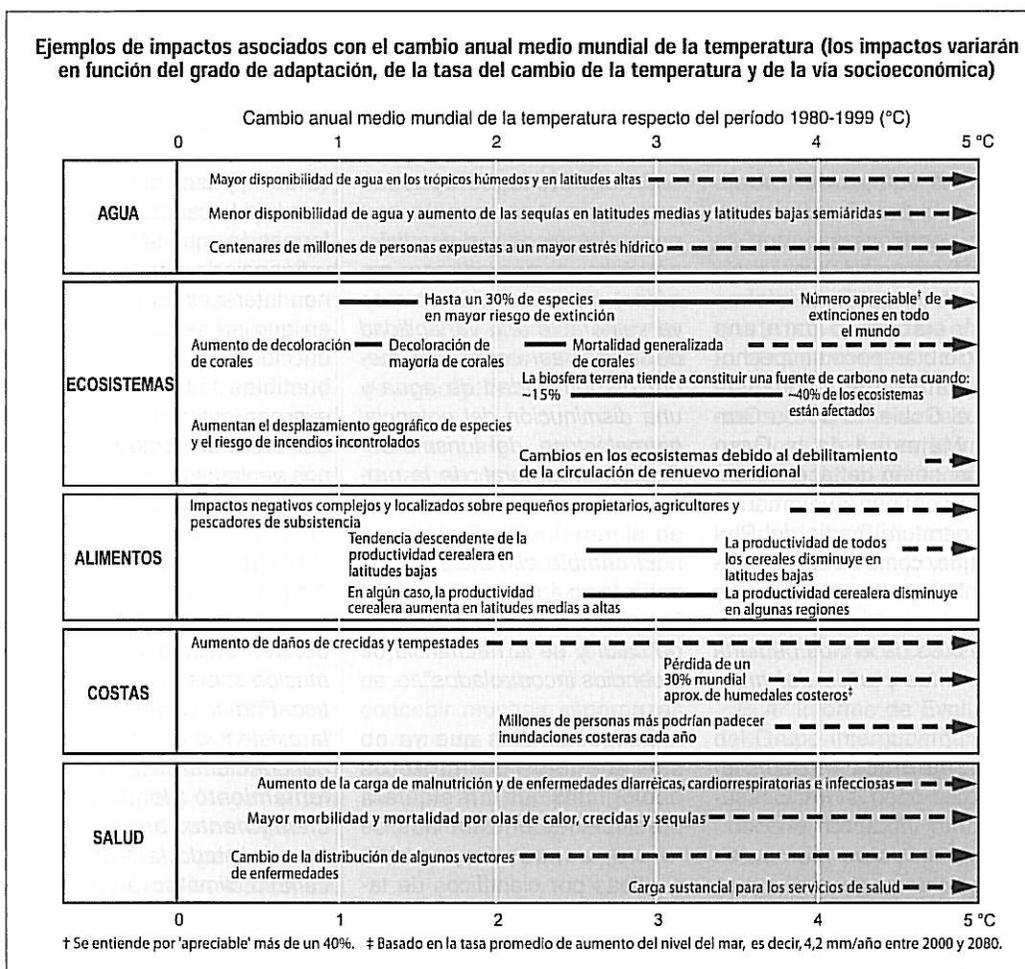
que, en cualquier caso, siempre podemos solucionar el problema si resulta ser sustancial¹².

En el cuadro 1 se puede observar con más detalle un resumen de los impactos previstos por el IPCC en todo el mundo, si no se actúa con prontitud y decisión para frenar las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI).

Para el campo científico mundial, el objetivo final del próximo Protocolo de Copenhague para después del 2012 debe ser el que se trazó en el ya lejano 1992: "lograr la estabilización de las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera a un nivel que impida interferencias antropógenas peligrosas en el sistema climático. Ese nivel debería lograrse en

un plazo suficiente para permitir que los ecosistemas se adapten naturalmente al cambio climático, asegurar que la producción de alimentos no se vea amenazada y permitir que el desarrollo económico prosiga de manera sostenible¹³.

Y hemos de ser conscientes de que, tras tantos años de vacilaciones, boicoteos y pa-



Fuente: (IPCC). Cambio climático 2007. Informe de síntesis.

labrería hueca, va a ser muy difícil conseguirlo.

El científico James Lovelock, padre de la teoría de Gaia, expresa de manera muy gráfica la situación en la que nos encontramos: *"Es como si hubiéramos encendido un fuego para mantenernos calientes y le siguiéramos echando leña sin darnos cuenta de que se ha extendido a los muebles y está fuera de control. Cuando eso sucede, hay muy pocas posibilidades de apagarlo antes de que consuma la casa entera. El calentamiento global, igual que un fuego, está acelerándose y casi no nos queda tiempo para reaccionar".*⁴

Las principales redes mundiales de organizaciones ecologistas lo han puesto claro y crudo sobre la mesa. Según Greenpeace, *"la realidad del cambio climático supera con creces cualquiera de las previsiones científicas anteriores y es evidente que la amenaza de impactos irreversibles es mucho más inmediata de lo que hubiéramos podido imaginar. Cada vez queda menos tiempo para evitar que el cambio climático siga avanzando. Ahora sabemos que los impactos derivados de un aumento de temperatura de sólo 1,5 °C pueden ser irreversibles y que un aumento de 2 °C puede desencadenar consecuencias catastróficas y llevarnos a un punto del que ya no haya vuelta atrás".* Podemos estar en vísperas de lo que Friends of the Earth Inter-

national (Amigos de la Tierra en España) denomina *La Era de la Estupidez*, título de una película que se acaba de estrenar en todo el mundo, auspiciada por esta organización ecologista y que transmite una pregunta que se hace en un hipotético año 2050 un anciano: *"¿Por qué no detuvimos el cambio climático cuando tuvimos la oportunidad?"*.

Los prolegómenos de la cita de Copenhague no pueden ser más decepcionantes. Se han celebrado, con la de Bangkok, cinco reuniones denominadas "informales", que deberían haber servido, tal como se acordó en las conferencias de Montreal en 2005 y de Bali en 2007, para aproximar posturas y avanzar un texto que pudiese ser aceptable por los países firmantes de la Convención.

Hasta el momento, lo que se ha logrado es muy escaso, el núcleo duro de la controversia está entre los países desarrollados, considerados en su conjunto (con la excepción de la Unión Europea), que no quieren ir más allá de una reducción mínima, como EE.UU. cuyo Senado estudia una posibilidad de ¡llegar al 7%! y los países emergentes, especialmente China, India y Brasil, que no desean frenar su desarrollo en seco en beneficio de una causa mundial que les afecta, pero que se les viene encima en un momento de despegue del subdesarrollo y que no aceptan reducciones de entre el 15 y

el 40 %. Además existe el factor financiero ¿quién paga el coste de adaptar las economías emergentes a nuevos criterios sostenibles? Y el de la necesaria transferencia tecnológica entre países avanzados y los más atrasados en términos industriales y científicos.

Únicamente en el caso de que en la reunión previa de Barcelona en los primeros días de noviembre, última antes de la COP15⁵ de Copenhague, se llegue a un consenso básico general, podremos mantener la esperanza en que la humanidad cuente con una agenda clara de reducción de emisiones de GEI para después de 2012.

España al frente de la UE: la hora de la verdad

Desde 1973, en que aprueba su Primer Programa de Acción sobre el Medio Ambiente, la Europa unida ha venido estando a la vanguardia de la defensa del medio ambiente considerado en sus diferentes aspectos, siempre o casi siempre por delante de las iniciativas de los Estados miembros y por ello nos ha situado en el terreno normativo en posiciones mucho más avanzadas que las demás potencias industriales. Ya en 1991 puso en marcha la primera estrategia para ahorrar emisiones de CO₂ promoviendo la eficiencia energética, en el año 2000 aprobó el Primer Programa Contra el Cambio Climático y en 2005 el segundo. Incluso

ha ido más allá, acordando una reducción unilateral del 20 % de emisiones en el 2020, que podría llegar al 30 % si la reducción del resto de países acompaña, postura que está defendiendo hasta ahora.

No ha sido un camino de rosas, ni exento de contradicciones, vacilaciones y frenazos, pero no cabe duda que ha sido determinante en la adopción de acuerdos como el del Protocolo de Kioto, frente a EE.UU., Japón y Rusia, que han racaneado todo lo que han podido. Hoy, sin embargo, las cosas no se presentan tan claras y la Unión Europea, prácticamente paralizada desde los rechazos de varios países al proyecto de Constitución Europea, no está en las mejores condiciones de liderar una reunión tan compleja como la que se va a realizar en Copenhague.

Y ahí es donde está la oportunidad y responsabilidad de la Presidencia Española, aunque sea a partir del 1 de enero. Es cierto que ya habrá pasado la Conferencia de Copenhague y que lo que se haya decidido será ya firme (sí es que se decide algo al final), pero sea cual fuere el resultado final, que no pinta muy optimista, la Unión Europea debe recuperar su velocidad de crucero, principalmente en este campo.

A muchos nos preocupa que la cosa de la Presidencia española se nos vaya a ir por cuestiones, sin duda muy importantes, pero en las que ya

estamos doctorados y en las que hemos avanzado ya mucho en los últimos años (aunque nunca se avanza bastante, ya lo sé) y dejemos este tema en segundo nivel.

El Gobierno y el PSOE deben asumir que estamos ante un momento único, en el que debemos impulsar con la máxima energía las políticas que, sobre el papel, ha aprobado la Unión Europea y trabajar, en primer lugar para que se cumpla el compromiso de Kioto, que aún quedan dos años para aproximarnos a sus objetivos; y en segundo, para que a partir de 2012 se abra una esperanza real de reducción de emisiones de gases de efecto invernadero que establezca el aumento de temperatura media de la atmósfera en no más de 1,5 °C.

Parece que en el terreno de las intenciones sí existe esa conciencia y los borradores de programa para el semestre español de la Unión así lo reflejan, yendo al meollo de la cuestión con el planteamiento de la necesidad de cambiar hacia un modelo económico y energético sostenible, algo fácil de expresar y poner sobre el papel, pero difícilísimo de convertir en realidad, ya que la dinámica del sistema capitalista neoliberal en el que estamos enfangados, es como un inmenso mar de arenas movedizas dispuesto a tragarse a todo aquel que intenta transformaciones profundas. Así estamos viendo dónde quedan todas las hermosas

palabras sobre control del sistema financiero en cuanto los brotes verdes llegan a los consejos de administración de los bancos. La irracionalidad del conjunto del sistema es tal y el entramado de intereses tan poderoso, que aunque se perciba la catástrofe ambiental y humana, resulta prácticamente imposible avanzar en términos reales hacia un modelo sostenible, que permita mejorar la calidad de vida del conjunto de los seres humanos respetando las condiciones de los ecosistemas básicos para la vida y con un mínimo de equidad. Conceptos ajenos a la filosofía depredadora imperante.

No vamos a responsabilizar al Gobierno español de los desastres mundiales, ni mucho menos. Hasta ahora ha manifestado posturas activas y muy avanzadas en relación a otros gobiernos europeos y justo es reconocerlo. Sabe además que conseguir el objetivo del 20 % en 2020 de reducción de emisiones en el ámbito comunitario va a depender en gran medida del impulso inicial y de la puesta en marcha efectiva del paquete de energía y cambio climático con la aprobación de las modificaciones legislativas pertinentes.

Pero también es cierto que debe aprovechar esta etapa para marcar por muchos años la política europea con el sello de la lucha por la sostenibilidad y contra el cambio climático: esa debe ser la señal de

identidad más destacada de la presidencia europea de España y por ella va a quedar en la historia de las próximas décadas. Si ello es así, quizás evitemos entrar en la Era de la Estupidez y entonces, siempre se tendrá en cuenta el liderazgo europeo bajo presidencia española.

De todos modos, no bastará con las buenas intenciones y los buenos documentos, hará falta un despliegue diplomático y político sin precedentes. En este aspecto, la postura española (y europea) en la reciente reunión de Bangkok no ha sido acogida con muy buena opinión por el movimiento ecologista. Así, Greenpeace ha exigido al Gobierno español coherencia entre las declaraciones de intenciones recogidas en los discursos del Presidente Zapatero en los foros internacionales y el papel que juega España en las negociaciones: *"La batalla contra el cambio climático se gana en el plano de los hechos, no en el de las palabras. Es necesario alinear las políticas con las recomendaciones científicas y es necesario hacerlo ahora"*.⁶

Y esto lo dice porque no parece muy coherente hacer propuestas de reducción de emisiones por debajo de lo que plantean los científicos y la ONU, y que hayan tenido que ser países que no están en la UE, como Noruega, los que han avanzado propuestas más ambiciosas, de hasta el 40% de reducción de emisiones.

Esto es así, mientras en la reunión de Jefes de Estado y de Gobierno celebrada en Nueva York en septiembre pasado y convocada por Ban Ki-moon, precisamente para intentar *in extremis* convencer a los gobernantes de todo el mundo de la inapelable necesidad de llegar a un acuerdo "fuerte" en diciembre, se reconocía como cierta la necesidad de reducir hasta un 50 % de las emisiones que se producían en 1990, para el año 2050.

En esa reunión Barack Obama brilló con luz propia y anunció *urbi et orbi* un nuevo comportamiento de los EE.UU. muy alejado del negacionismo – algo enmendado a última hora – de la Administración Bush, de triste recuerdo. El líder chino Hu Jintao, hasta ahora muy reticente a cualquier compromiso, anunció que van a ponerse también a ello, aunque sin detallar mucho esas intenciones. Aún así, todo lo que ya se reconoce y acepta por parte de las grandes potencias, no se traduce aún en la postura de los equipos negociadores en las mesas concretas en las que se debaten los textos y se hacen los números.

La Presidencia española de la UE tendrá que lidiar con muchas cuestiones peliagudas, es cierto. La primera es la de qué quiere ser de mayor la Unión Europea, con un absurdo político fundamentalista neoliberal, ex privilegiado durante el régimen comunista de Husak, atrincherado en su

castillo de Praga, dispuesto a resistir hasta que llegue el Séptimo de Caballería de los conservadores británicos a acabar con los bárbaros europeos que le rodean. Ya sabemos lo que piensa de la Unión, que asimila al Pacto de Varsovia, y nos imaginamos lo que puede pensar de una propuesta política como la española, que pretende nada menos que *"integrar el cambio climático como eje de las políticas sectoriales, con el fin de lograr su dimensión sostenible"* y que específicamente destaca las relativas al agua, a los suelos y a la biodiversidad, quien ha sido presentado por su compañero de viaje y de pensamiento, José María Aznar como quien *"no se arredra ante el ensordecedor ruido que, a falta de respuestas, hacen los abanderados del Apocalipsis climático."*⁷

La crisis económica mundial es, por otra parte, el marco que va a condicionar la acción política en todos los ámbitos en el próximo periodo, pero no se debe caer en considerar que la marcha de la economía global es una prioridad separada de la línea que se marca para superar la actual situación. Téngase en cuenta que, de continuar con el ritmo actual, el coste total del cambio climático será equivalente a una reducción del PIB mundial entre el 5 % de los estudios más cautelosos y el 20 % del Informe Stern.⁸

Se trata de gestionar la coyuntura, claro, pero en la direc-

ción que permita no volver a caer en los mismos errores y que haga posible introducir reformas sustanciales que permitan evitar el desastre ecológico y humano en los próximos años. Esperamos que a ello también ayude el anunciado proyecto de Ley de Economía Sostenible de Zapatero y lo esperamos con verdadera expectación, aunque con cierta preocupación por las contradicciones que se han dado en la política del Gobierno como en materia de energías renovables, por ejemplo.

El reto es muy fuerte para España, para Europa y para la humanidad.

No se trata de anunciar apocalipsis, aunque ya lo están sufriendo los millones de refugiados ambientales en África, sin ir más lejos. Se trata de hacer frente a lo que, desde hace ya muchos años, se viene advirtiendo por la comunidad científica en su conjunto y por la ONU: que la temperatura media del planeta ha aumentado 0,6 °C entre 1901 y 2000 y si tomamos los datos de 1906 a 2005, se ha incrementado en 0,74 °C.⁹ La razón también ya constatada, es que en 2005 teníamos en nuestra atmósfera en torno a 379 partes por millón (ppm) de CO₂, (ahora ya nos aproxi-

mamos a los 390 ppm) ¡más que en los últimos 14 millones de años! Al ritmo actual puede que se alcancen las 550 ppm en 2035, lo que producirá, con un alto grado de probabilidad, un incremento de 2 °C y cuando lleguemos a las 600 ppm – lo que ocurrirá si no lo remediamos a mediados de siglo – la temperatura habrá aumentado 4 °C más y ya para entonces habremos experimentado cambios catastróficos en nuestra civilización.

Para evitarlo no queda más remedio que reducir las emisiones globales “a menos del 50 % del nivel de 1990 (actualmente están 15% por sobre ese nivel), y las emisiones promedio en los países desarrollados en por lo menos el 80%”¹⁰.

En palabras del Secretario General de la ONU, dirigidas a los Jefes de Estado y de Gobierno en la Cumbre de Nueva York: “*Que el mundo les vea ahora pasar a la acción. Queda poco tiempo. La oportunidad y la responsabilidad de evitar un cambio climático de proporciones catastróficas están en sus manos*”¹¹.

Dentro de pocos días el Gobierno español tendrá la oportunidad de atender a este llamamiento: ha llegado la hora de la verdad.

Notas

¹ Informe Stern acerca del impacto del cambio climático y el calentamiento global sobre la economía mundial. Redactado por el economista Nicholas Stern por encargo del Gobierno del Reino Unido fue publicado el 30 de octubre del 2006.

² Houghton, J.T. *La verdad sobre el cambio climático*. Artículo publicado el 30/04/2009 en Project Syndicate. www.project-syndicate.org

³ *Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático*. Naciones Unidas, 1992.

⁴ Lovelock, James. *La venganza de la Tierra*.

⁵ Conferencia de las Partes nº 15.

⁶ Declaraciones de la responsable mundial de cambio climático de Greenpeace, Aida Vila.

⁷ Frase textual de la presentación por José María Aznar del libro de Vaclav Klaus, *Planeta azul (no verde)*, en 2008. Informe Stern.

⁸ Últimos datos 4º Informe IPCC.

⁹ Según J. T. Houghton, científico ex presidente del IPCC, ya citado.

¹⁰ Según J. T. Houghton, científico ex presidente del IPCC, ya citado.

¹¹ Intervención de Ban Ki-moon ante los Jefes de estado y de Gobierno en la Cumbre sobre el cambio climático en la sede de naciones Unidas, celebrada el 22 de septiembre pasado en Nueva York.